

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO

¡Padre nuestro que estás en el cielo! La primera palabra es fundamento de toda la oración: (Padre! Ella nos hace verdaderamente humanos. Los animales nacen ya formados y por eso no aprenden la palabra “padre”: saben lo que deben hacer, encuentran en su vida unos instintos que les capacitan para responder a los problemas de su entorno y para realizar de esa manera su existencia. Los hombres, sin embargo, nacen sin hallarse preparados: vienen indefensos, inmaduros, incapaces de valerse por sí mismos; de esa forma siguen y siguen muchos años, necesitan de unos padres que les alimentan, les protegen, les enseñan a vivir, a responder, a comportarse como humanos.

Nacemos a lo largo de un proceso que dura varios años: vamos recibiendo de los padres la palabra y el amor y todo lo que vale en nuestra vida; de esa forma maduramos cuando, descubriendo y acogiendo aquello que hemos recibido, podemos responder agradecidos: ¡padre!, ¡madre! De una manera semejante pero mucho más profunda, los cristianos descubrimos en el fondo de todo lo que existe un gran amor que nos impulsa a nacer y realizarnos sobre el mundo: por eso respondemos al don de la existencia, nos sabemos acunados por el mismo Dios y le invocamos ¡Padre!

Esta es la primera de todas las palabras, como luz que nos alumbra, como llave que nos abre hacia el misterio. No es ilusión que hayamos inventado, voz que proyectamos en el centro del silencio. ¡En modo alguno! No es que hayamos echado a Dios de menos y por eso lo inventemos. Al contrario, le echamos de más, le descubrimos con gozo en la raíz de nuestra vida y, de esa forma, al encontrarle allí, nos encontramos a nosotros mismos como hijos libres, responsables en verdad de su existencia.

Padre no es aquel que se sitúa por encima, para dominarnos y tenernos sometidos como un amo. No es tampoco el que realiza las cosas por nosotros, como un sustituto que vigila nuestros fallos para echarlos en cara o remediarlos. Padre es quien impulsa, nos engendra como libres y nos capacita para realizarnos como dueños de nosotros mismos sobre el mundo. Al decir esta palabra, descubriendo por Jesús que somos hijos, empezamos a sabernos responsables de la propia Vida y toda nuestra vida cambia.

Se ilumina el camino y podemos decir nuestro: no es mío ni tuyo, es de todos los que estamos vinculados. Es Padre que nos hace hermanos, solidarios, capaces de escucharnos mutuamente y convivir sobre la tierra. Allí donde ese Padre deja de influir o se oscurece cada uno de nosotros siente el frío de la soledad y se siente incapaz de confiar en los otros como hermanos. Surge así la lucha de la vida, esa batalla en la que todos parecemos empeñados en lograr y mantener nuestra verdad a golpes, dividiéndonos en machos y hembras, amos y siervos, judíos y gentiles, ricos y pobres... (cf. Gal 3, 28; Rom 1, 18-32). Si no hay Padre común la vida se convierte en campo de batalla.

Sólo, el Padre nos une en gratuidad, nos hace superar las viejas divisiones de la tierra. Por eso decimos que estás en el cielo: en la altura donde el hombre recobra su unidad, en el futuro donde encuentra amor. Esa altura y futuro del Padre enriquece desde ahora nuestra historia; por eso, todos proclamamos la misma gran palabra.

¡Padre nuestro que estás en el cielo! Los religiosos, como verdadera familia en el Señor, pretenden cumplir de una manera radical y comunitaria el consejo evangélico: “todo aquel que deje casa, hermanos y hermanas, padre y madre, hijos y campos, por mí y por el Evangelio recibirá el ciento por uno ahora, en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones, y después la vida eterna” (Mc 10,29-30).

Si nos fijamos bien en las palabras hallaremos que todas las cosas que se dejan en el mundo vuelven a encontrarse nuevamente menos una: dejamos el antiguo y no encontramos nuevo padre sobre el mundo. ¿Cómo? La razón es evidente: para aquellos que han seguido a Jesús y han descubierto su misterio, la figura y la función del padre tiene tal hondura que ya sólo puede realizarse en ámbito divino. “No llaméis a nadie Padre sobre el mundo, porque sólo uno es vuestro Padre, aquel que está en los cielos... y vosotros todos sois hermanos” (cf. Mt 23, 8.9).

¡Todos sois hermanos! Esta es la experiencia más profunda de los religiosos, resaltan con gran fuerza aquel nosotros que está al fondo de la plegaria de Jesús y se descubren vinculados como hermanos. Todos, varones y mujeres, ignorantes y sabios, griegos y judíos, esclavos y libres, van creciendo unidos en un mismo camino y reciben una misma herencia prometida; por eso son hermanos, compañeros, servidores los unos de los otros.

Sólo en este plano adquiere su sentido el compromiso de la castidad comunitaria, vivida por el reino (cf. Mt 19, 12). Ella no brota de ninguna imposición, no es miedo al otro sexo, intolerancia, ascetismo o negación de los valores de la vida. Castidad es descubrir que somos familia con Jesús, los hombres y mujeres de la tierra; gozamos ya la plenitud de Dios y no tenemos que buscarla en relaciones esponsales o por medio de unos hijos. Somos ya familia, en grupo más extenso de amor comunitario. Por eso, a fin de cultivar la comunión fraterna, desde la llamada de Jesús, los religiosos pueden prescindir del matrimonio sobre el mundo (cf. Lc 18, 29).

De ese modo forman una “casa de Jesús” y pueden proclamar con fuerza (Padre nuestro que estás en el cielo! No lo dicen simplemente con la boca, ni lo llevan sólo en pensamiento. La dicen con la vida y la realizan con su misma unión de hermanos. Lógicamente los hermanos religiosos se descubren limitados y pequeños. Por eso, cierta espiritualidad de la infancia (cf. Mc 9, 33-37; 10, 13-16), pertenece a la entraña de la vida religiosa. Jesús se complace en enseñarnos el único camino que conduce a esta divina hondura: el abandono del niño que se duerme sin miedo en los brazos de su Padre... "Si alguno es pequeñito que venga a mí, dijo el Espíritu Santo" (Prov 94)... Y como si no bastaran todas estas promesas, el mismo profeta Isaías, hundiéndose en las profundidades eternas, exclama en nombre del Señor. "A la manera que una Madre acaricia a su hijo así os consolaré yo. Os llevaré en mi regazo y os acariciaré sobre mis rodillas" (Is 66, 12.13).

¡Padre nuestro que estás en el cielo! Los religiosos somos privilegiados, pues podemos pronunciar con nuestra vida aquellas dos palabras radicales: ¡Padre! y ¡nuestro! Muchos en la tierra las ignoran. Por eso no podemos cerrar nuestra familia mientras miles y millones de personas viven sin casa y sin hermanos, sin Padre y sin amigos sobre el mundo.

Son millones los que sufren soledad, pues la dureza de la vida ha golpeado de una forma implacable su existencia: fueron abandonados de pequeños, no han sentido el tibio regazo de la madre, ni los brazos poderosos de un padre; quizá la misma injusticia del mundo les ha dejado solos y hambrientos en el barrio de una gran ciudad donde sólo pueden resistir y sobreviven en pandilla, unidos para defenderse, como carne de revuelta, de locura o de presidio, sin familia ni “Dios” sobre la tierra (cf. Ef 2, 12).

Otros muchos gozan quizá de condiciones materiales positivas: tienen vivienda, escuela, dinero, diversiones. Pero les ha faltado casa: tiempo de cariño y cercanía de unos padres que les aman y dialogan, encendiendo en sus entrañas la confianza de la vida, haciéndoles capaces de abrirse a los hermanos, apoyándose en el Padre de los cielos. Por eso sufren solos y se ahogan en un mar de represiones, miedos, soledades. Buscan placer para olvidar, pero no logran conseguirlo y sienten en su mismo corazón un hueco que jamás se colma. Van y vienen, vagan sobre el mundo, pero siempre siguen solos. Nunca pueden decir “nuestro” y si lo dicen es de forma mentirosa, externa.

Unos y otros, marginados sociales y marginados psicológicos padecen de una misma enfermedad: la falta de familia. Por eso ha de ayudarles la vida religiosa. Ella no pretende hacer de padre-madre en un sentido externo: quiere hacer de compañera, reflejando ante los hombres la presencia del Padre de los cielos. Donde hay marginación social ofrece una presencia que, siendo efectivamente cercana, sabe dar también ayuda material a los que están oprimidos sobre el mundo. Donde es más fuerte la marginación psicológica acentúa la cercanía humana, la presencia afectiva, la compañía fraterna.

En uno y otro caso la vida religiosa debe mostrar que existe un Padre. Por eso, resulta insuficiente una limosna esporádica que sirva para que todo continúe como estaba. Es necesaria una verdadera revolución humana, que cambia de cuajo nuestra vida y la enraíza allí donde Jesús nos enseña a decir ¡Padre! Muchos religiosos se encuentran trabajando en ese campo, en barrios populares y orfanatos, en lugares de opresión y villas de riqueza de la tierra. Sin embargo, aún queda mucho por hacer. Habrá que acentuar el gesto de servicio fraterno en los lugares de opresión; habrá que estar más cerca de los hombres, en solidaridad fraterna. Solamente así los pobres y perdidos de esta tierra encontrarán mejor al Padre. Este es el primero y más intenso de los compromisos de la vida religiosa.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

¡Santificado sea tu nombre! Porque sé que es Padre no comienzo por pedirle nada. Me alegro de que exista, acepto su grandeza y le suplico que su nombre sea sin cesar santificado: (qué bueno que tú vivas, desbordando con tu gracia y tu presencia nuestra vida, haciéndonos capaces de ser y buscarte!, ¡qué bueno que tu nombre sea Padre y que podamos conocerte, llamarte de manera confiada y confiarnos sin cesar en tu misterio!

Unidos a Jesús reconocemos la gloria de Dios Padre y no tenemos miedo, superando así el temor de los patriarcas y profetas (cf. Jn 13, 22). Confiados le invocamos y pedimos que su nombre sea santificado. Muchos ignoran el nombre de Dios: hablan quizá de poderes, de cosas que hay arriba, de una mano misteriosa que dirige todo lo que existe; otros destacan el progreso, el capital, la revolución de la materia o un tipo de necesidad imprevisible que se impone sobre el hombre. En contra de eso, los cristianos conocen a su Dios: saben que es Padre y como tal le invocan. No van ciegos por la tierra; no están solos en la vida; no son siervos de un destino que se clava en sus entrañas: son hijos de la casa de Dios y dicen ¡Padre! (cf. Gal 4, 6; Rom 8, 16-17).

Ese nombre muestra la santidad de Dios. Muchos hablan de ella en términos de miedo o de terror sagrado; por eso dicen que lo santo es ante todo luminoso, aquello que fascina y aterrera al mismo tiempo, como inmenso poder que nos sacude, energía originaria que actúa en cada una de las cosas. En esa línea, santo es ante todo aquello que se encuentra separado: el sacrificio que se quema para Dios y que le aplaca, el templo donde habita, el día de su fiesta, las personas consagradas...

Eso refleja un fondo de verdad, pero es verdad insuficiente, pues nosotros sabemos que Dios es santo como Padre: por eso, al suplicar “santificado sea tu nombre”, le pedimos que se muestre como tal, haciendo que nosotros seamos hijos libres que agradecen su presencia y cantan su grandeza sobre el mundo. En esa misma línea, el Antiguo Testamento ya sabía que la santidad de Dios va unida a su justicia salvadora: “Mostraré la santidad de mi nombre: os recogeré de todos los pueblos, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra” (Ez 36, 24-25).

Veremos esa santidad de Dios cuando se muestre plenamente como Padre, redimiendo a los pequeños y juntando a los dispersos, de manera que haya sobre el mundo un solo rebaño en libertad y un solo pastor de salvación que da su vida para salvarnos de la vida mala en la que estábamos hundidos (cf. Ez 34; Jn 10, 7-17). Santidad de Dios es por eso su mismo amor de Padre, el Espíritu de vida que actúa sobre el mundo: “os daré un corazón nuevo ... ; os infundiré mi Espíritu y haré que caminéis conforme a mis preceptos” (Ex 36, 26).

Nosotros, que vivimos tras la pascua de Jesús, sabemos que esa santidad del Padre es el mismo Espíritu Santo, como amor en que se unen para siempre Dios y Jesucristo. Por eso, al decir “santificado sea tu nombre” pedimos que el amor de Dios se extienda por el mundo, de manera que los hombres puedan vivir en caridad, unidos por la fuerza del Espíritu Santo, como hermanos de Jesús e hijos del Padre.

¡Santificado sea tu nombre! Dentro de la Iglesia, los religiosos se descubren especialmente al misterio de la santidad, son consagrados. Ciertamente, consagrados son todos los cristianos por medio del bautismo y la presencia del Espíritu de Cristo. Pero lo serán de modo radical los religiosos, pues ofrecen a Dios la vida entera por medio de sus votos: así se comprometen a buscar la voluntad de Dios (son obedientes), están desapegados de las cosas de la tierra (pobres) y se empeñan en crear comunión celibataria entre los hombres (castidad).

Los religiosos tienden a ser santos porque habitan en la casa de Dios Padre, en actitud de fuerte gratitud y ayuda mutua. Así expresan con su propia existencia compartida lo que implica sobre el mundo el nombre de Dios santo; por eso hay en ellos “padre” que se impone; todos son hermanos que se ayudan mutuamente, como madres e hijos, para reflejar sobre la tierra el misterio de la comunión de Dios.

Esas comunidades donde los religiosos realizan alternativamente funciones de madres e hijos, son como laboratorios de vida religiosa. En ellos se explicita, en forma condensada y ejemplar, algo que debiéramos hallar en todas las comunidades. Los religiosos son ante todo hermanos y viven la fraternidad como gracia del Espíritu y señal de santidad de Dios sobre la tierra; a fin de alimentarla y cultivarla se van turnando en las funciones. Madres son cuando se portan como Marta, preocupándose de todas las cosas necesarias, de la casa, la comida y los problemas exteriores. Son hijos cuando viven totalmente libres para el crecimiento en oración, para el misterio del amor y de la gracia.

Lo hermoso es la alternancia: todos se turnan de manera que puedan dedicarse, en forma programada y complementaria, al servicio material y a la plegaria. Sólo puede haber María si es que hay Marta. Pero nadie debe hacer de Marta o de María para siempre. Si un religioso pensara sólo en rezar tendría que lograr su posible santidad a costa del esfuerzo y sacrificio de los otros. Si un religioso actuara sólo como Marta es que no tendría hermanos verdaderos o preferiría dedicarse sólo a los problemas materiales sin cultivar su vida ante el misterio.

Para ser todos hermanos, dedicados al misterio de la santidad, deben tornar de algún modo los roles. Todos son en cierto modo (o en algún momento) madres, porque con su esfuerzo ofrecen a los otros un espacio de apertura a Dios o de plegaria. Todos son en cierto modo (o en algún momento) hijos, pues reciben la ayuda de los otros. De esa forma expresan el misterio de la santidad de Dios: forman un templo del Espíritu viviendo unidos como hermanos.

¡Santificado sea tu nombre! Esta santidad, explicitada a través de la oración y el servicio mutuo (María y Marta), tiene sentido en sí misma. Por eso no hay que andar buscando en ella más utilidades: vale por lo que es, antes de valer por lo que hace. Pero debemos añadir: la vida religiosa vale también por su mismo ser comunitario; la unión de los hermanos aparece en ella como signo de la santidad celestial, como expresión de los bienes celestiales (cf. Vaticano II, Sobre la Iglesia, 44; Sobre la vida religiosa, 12). Dos son, a mi entender, los medios para realizar este servicio de santidad: uno de carácter más sacra, otro más caritativo.

Los religiosos con su experiencia sacral pertenecen a la santidad de la Iglesia: ellos suscitan un espacio de oración y viven en gesto de apertura hacia el misterio; ayudan a orar a los demás al ofrecerles el ejemplo de su vida dedicada a la oración, al acogerles en su casa. De esa forma contribuyen a expandir la santidad del Padre, resaltando el gozo de la vida y la alabanza.

Esta forma de expresar el testimonio religioso debe potenciarse en nuestro tiempo, pues son muchos los hombres que no encuentran lugar para el misterio, ni conocen la alegría intensa o la presencia gozosa del hermano. Por ello son imprescindibles nuevas comunidades, quizá más sobrias, y abiertas, más cercanas a la gente, en medio de las grandes poblaciones. Comunidades donde la sacralidad se vive con sencillez, donde la oración es intensa y el mismo clima de la vida conduce a la alabanza. Ellos han de convertirse en focos de experiencia de Dios y de acogida fraterna, lugares donde puedan acudir varones y mujeres para introducirse un tiempo en el misterio, situándose mejor ante Dios y ante los hombres.

Esta experiencia de sacralidad debe convertirse en principio de unión comunitaria. Los religiosos imitan a María, pero no para quedarse parados escuchando lo que dice Jesús, sino para expandir el Evangelio hacia los hombres. De esa forma, las comunidades serán, como su nombre indica, lugares de reunión (de con-venire), espacios donde vienen los hombres a encontrarse en diálogo de humanidad, venciendo el aislamiento, superando el miedo, compartiendo la amistad y la plegaria: así santifican el nombre de Dios sobre la tierra.

Pero la santidad tiene otro matiz: no consiste en decir (Señor, Señor!), sino en cumplir la voluntad del Padre (Mt 7, 21), descubriendo a Jesucristo allí donde se encuentra Jesucristo, esto es, en los hambrientos-sedientos, desnudos-exilados, enfermos-cautivos de la tierra (Mt 25, 31-46). Por eso, santos en primer lugar serán los pobres: son representantes de Jesús, bienaventurados (cf. Lc 6, 20-21). Los religiosos quieren ayudarles y por eso convierten su vida en servicio a los más necesitados. Los religiosos imitan a Marta, pero no para ayudar únicamente a sus hermanos religiosos, sino a todos los necesitados de la tierra. El mundo entero se presenta para ellos como eremitorio: es desierto de dureza, de dolor y de injusticia donde el mismo Cristo llora entre los pobres; por eso quieren acompañarle y servirle.

En esta perspectiva no es santo el más piadoso, sino el más caritativo. Por saber eso han nacido cientos de institutos religiosos que interpretan la consagración (santidad personal y comunitaria) como entrega por los otros: santifican el nombre de Dios asistiendo a los pobres o luchando en favor de la justicia sobre el mundo. Es evidente que esta perspectiva no se opone a la anterior: allí donde la vida religiosa se presenta como espacio de unidad fraterna y oración comunitaria (plano más sacral) puede y debe aparecer, al mismo tiempo, como fuente de mayor compromiso a favor de los oprimidos (plano caritativo).

VENGA A NOSOTROS TU REINO

¡Venga a nosotros tu Reino! Sólo puede hablar de exilio el que conoce de algún modo el reino y quiere conseguirlo. Pero, en formas también correspondientes, sólo puede hablar del reino el que conoce y sufre en carne propia la experiencia del exilio. Así actuó Jesús. Habló del reino como nadie jamás había hablado: en parábolas, sermones, bienaventuranzas y promesas; habló por medio de su propia actividad, su entrega y muerte. De algún modo le podemos definir como experiencia personal del reino: es el reino hecho presencia de amor, expresado como un hombre concreto sobre el mundo. Por eso vino hasta el reverso de la tierra: allí donde el exilio era más fuerte, las tinieblas más intensas.

Habló y vivió Jesús desde el exilio, allí donde el Bautista, el último profeta, dijo que no había ya más vida ni salida que la muerte (cf. Mt 3, 7-12). En el mismo subsuelo de la historia donde se afanaban y sufrían locos y juristas, enfermos, pecadores y justos satisfechos, ha empezado Jesús a realizar su reino: acoge a los marginados, cura a los enfermos, va creando un grupo de personas dispuestas a esperar la acción de Dios sobre la tierra; por ellos sube a Jerusalén, a fin de presentar su mensaje; por ellos muere sobre el Calvario, apareciendo después resucitado.

Sólo en ese trasfondo se comprende el Padrenuestro. Juan Bautista ha enseñado a sus discípulos a orar (Lc 11, 1), seguramente les decía en su plegaria que pidieran a Dios que les librara de la ira venidera (cf. Mt 3, 7). También los fariseos y todos los judíos oraban, bendiciendo al Dios que les había dado alianzas y promesas. Pues bien, Jesús enseña a sus discípulos a orar desde el misterio nuevo de su reino porque sabe que su Dios es Padre. Por eso ha traducido esa certeza en forma de plegaria: ¡Padre, venga tu reino!

Las dos palabras resultan significativas. Jesús no le ha llamado a Dios su rey, ni siquiera su Señor; le dice Padre; y sin embargo, cuando alude a su actuación sobre la historia habla del reino. Esto significa que ese reino no es imperio que se impone desde arriba, no es el orden de un rey-gobernador que mira las cosas desde fuera: reino es lo que Dios instaura y fundamenta al presentarse como Padre.

Estrictamente hablando, esta palabra “venga tu reino” debería traducirse así: (trae tu reino! Lo pedimos precisamente al Padre y le rogamos que se manifieste en todo el mundo como aquel que da la vida, como poder de creación que nos sostiene e impulsa con su gracia. Dios es Padre y su reino, proclamado y realizado por Jesús, somos nosotros. Por eso, al decir que venga el reino, le pedimos a Dios Padre que nos haga capaces de ser “hijos”, esto es, dueños y herederos de ese reino.

Es significativo el hecho de que, hundido en las entrañas de una tierra dura, rodeado de juristas puntillosos y exigentes, de enfermos, marginados, pobres, locos, Jesús hable del reino como de algo que ya viene a realizarse entre los hombres. ¿No se dejará engañar? Podrían argüirle: ¡Tus oyentes no han nacido para reyes!, ¡parecen el desecho de la tierra! Pues bien, precisamente a ese desecho ha comenzado Jesús a proclamar el reino: sale a los suburbios y a los cruces de caminos, viene a la ciudad perdida y a los campos (cf. Lc 14, 15-24) y en todos los lugares va ofreciendo el reino.

¡Venga a nosotros tu reino! Sobre ese fondo ha de entenderse la vida religiosa, con la castidad por el reino de los cielos (Vaticano II, Sobre la vida religiosa, 12): “Aquellos que han dejado de casarse y viven la alegría de Dios en Jesucristo son reyes en sentido pleno; no son siervos de nadie, ni señores que dominan por encima de los otros; son hermanos que conviven en amor y gratuidad, compartiendo el mismo reino”.

A veces se ha supuesto que los religiosos buscan un refugio en el convento porque escapan de una situación de desamparo, represión o miedo: se sienten muy pequeños, incapaces de asumir su libertad, y por eso se acomodan en el claustro donde los problemas ya están solucionados. ¡Esta perspectiva es falsa! Pudiera haber algunos religiosos que vinieron al convento de esa forma, pero si fue así se equivocaron de lugar, llamaron a una puerta falsa.

Religiosos de verdad sólo serán aquellos que han descubierto el gozo y plenitud del reino: la riqueza de Dios que nos hace hijos y reyes sobre el mundo; el amor engendrador del Padre que nos capacita para crecer en libertad... Sólo aquellos que han hallado ese tesoro, como margarita muy preciosa y perla fina, pueden convertirse en religiosos. No comienzan afanándose en buscar, se dejan encontrar por Dios y le responden con amor agradecido. No pretenden construir ninguna torre de Babel con sueños de grandeza; sienten que Dios mismo les ha dado un fundamento y colaboran en la obra de la gracia.

No son como aquel rey que está saliendo a la batalla y debe contar a sus ejércitos y ver si es que con ellos puede imponerse al enemigo; no son como aquel dueño que comienza a edificar su torre sin saber si tendrá fondos para terminarla... (cf. Lc 14, 28-33). Ellos responden y trabajan en el reino de Jesús porque han hallado con sus manos un tesoro: se descubren propietarios del misterio de Dios y de su gracia; por eso se han unido en la aventura de expresar lo que ese reino implica en formas de vida compartida.

Saben ya que el reino no es mío ni tuyo, es nuestro y sólo como nuestro pueden conservarlo y cultivarlo. Si alguien quiere conservarlo para sí en forma exclusiva lo destruye o se le pierde. ¡O todos somos rey o no es ninguno! Este es el misterio de una comunión de hermanos que en la Iglesia alimentan y construyen un hogar de reino en formas de solidaridad y transparencia. Esta es la tarea originaria de los religiosos: no intentan predicar por medio de palabras, ni pretenden transvasar el vino de Jesús al odre viejo de sus razonamientos y proyectos. Ellos mismos quieren convertirse en odre nuevo que conserva el vino fuerte del reino entre los hombres (cf. Mc 2, 22).

Los religiosos no se quieren presentar como aguafiestas de la tierra: no exigen penitencia, ni pregonan catástrofes de furia o de venganza. Ellos señalan hacia el reino de Jesús y en el reino se concentran: como amigos del novio que anuncian con gozo la fiesta, mensajeros que llevan el traje de boda (cf. Mc 2, 19-20)..., así son los religiosos. Por eso pueden pronunciar de forma nueva la petición “venga tu reino”. Así la supone el Vaticano II: “El estado religioso, que deja más libres a sus seguidores frente a los cuidados terrenos, manifiesta mejor a todos los creyentes los bienes celestiales -presentes incluso en esta vida- y sobre todo rinden testimonio de la vida nueva y eterna conseguida por la revelación de Cristo” (Sobre la Iglesia, 44).

¡Venga a nosotros tu reino! La cita anterior vale para introducir este apartado: la vida religiosa manifiesta sobre el mundo los valores celestiales, señalando así que Cristo ya ha resucitado. ¿Cómo? Siendo aquello que ha de ser: espacio donde reina ya la gratitud, comunión en la que todos son hermanos (reyes), lugar donde se vive en la certeza de aquello que se espera.

Pero el mundo sigue dividido y enturbiado por la lucha entre los hombres: son millones los que mueren sin hallar sentido a la existencia, millones los que sufren desengaño, los que quieren y no pueden, los que buscan y no encuentran. ¿Qué puede hacer ante eso la vida religiosa? 1) Indica que la vida de los hombres que sufren sin remedio tiene un sentido desde Cristo; 2) ayuda en forma caritativa a los pobres; 3) busca el cambio de la historia.

Estos son los elementos que destaca el esquema que ahora sigue:

Por su entrega paciente y confiada, en la que asumen como propios los dolores de los hombres, los religiosos deben ser testigos de aquella justicia de Dios “que no se ve” sobre la tierra. Hay muchos hombres demasiado encorvados por la desgracia para poder buscar, ante todo, el reino de los cielos. Entonces este reino que no han buscado, no por su culpa, en el que no han esperado, no por su culpa, los esperará a la puerta de las comunidades religiosas, cuando salgan de un mundo que no ha visto en ellos la imagen de Dios y entren en nuestras casas.

Otros religiosos intentan expresar ya desde ahora la existencia del reino sobre el mundo y, en primer lugar, lo hacen de una forma asistencial, caritativa, amando a los que están necesitados. Los religiosos velan junto al lecho del enfermo, calmando sus dolores, cuidando del anciano desvalido, acogiendo al niño abandonado... Por eso quieren curar todas las llagas, remediar todos los males, calmar todos los pesares, desterrar todas las necesidades, enjugar todas las lágrimas, no dejar... si posible fuera en todo el mundo un solo ser abandonado, afligido, desamparado.

La misma caridad asistencial, si llega al límite en su propia donación, viene a convertirse en caridad liberadora: no se limita a sanar, sino que quiere transformar las mismas estructuras sociales de la tierra. En esta línea se mueven muchos institutos religiosos como aquellos que, entronándose en la acción liberadora de los viejos redentores de cautivos, han explicitado su misión caritativa en términos de inserción social y cambio de estructuras. Los religiosos asumen las aspiraciones de los hombres a formar un mundo más humano, más libre, más justo; ellos denuncian lo que no es del reino... y quieren testimoniar (y promover) el surgimiento de una sociedad fraterna en que cada uno aporta lo que puede y recibe lo que necesita. Por eso, la misión evangelizadora tiende a la liberación integral de la sociedad, que está llamada a configurarse según los valores del reino... , trabajando especialmente en aquellos pueblos o grupos humanos que viven la pobreza y opresión como consecuencia del pecado de egoísmo y de injusticia de este mundo.

Esos tres caminos son complementarios y, en algún sentido, deben ir unidos: el reino que anunciamos nos desborda y siempre seguiremos aguardando el don de Dios que salva a los pequeños, exilados de la tierra; pero el mismo reino no ha comenzado ya y nos hace capaces de ayudar a los pequeños, alentarles desde Jesucristo; sólo de esa forma empezaremos a avanzar en un camino que nos lleva a transformar las mismas estructuras de injusticia de la tierra. Así lo indica el Vaticano II: Los religiosos... deben trabajar según las fuerzas y según la forma de su propia vocación, sea con la oración, sea con la actividad laboriosa, por implantar o robustecer en los hombres el reino de Cristo y dilatarlo por el ancho mundo (Sobre la Iglesia, 44).

HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

¡Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo! Estas palabras no aparecen en Lucas 11, 2. ¿Por qué? Quizá Jesús no las puso en la forma original de su plegaria, dejando su inclusión en manos de la Iglesia. Posiblemente las ha remodelado Mateo evangelista a partir de la plegaria de Jesús en su agonía sobre el huerto (cf. Mt 26, 42). Pero ese problema es secundario. Estas palabras aparecen en Mt 6, 10 y han sido recogidas por la Iglesia en la liturgia.

Penetremos en ellas. Sabemos que los hombres deben decidirse, realizar la propia vida, en un esfuerzo por llegar a ser lo que pretenden. Por eso decimos que tienen voluntad no sólo para hacer diversas cosas sino especialmente para “hacerse a sí mismos”, como constructores de su propia realidad, del futuro de su vida eterna o su condena. Así lo indica ya de forma impresionante el Antiguo Testamento: “Mira, hoy pongo ante vosotros bendición y maldición: la bendición si es que acatáis los preceptos del Señor vuestro Dios que yo os he mandado hoy; la maldición si no acatáis esos preceptos ... y dejáis el camino que os marco” (Dt 11, 26-28).

Hay una voluntad de Dios que se manifiesta como fundamento de vida y bendición para los hombres: Dios les quiere salvar, pero no quiere (o puede) imponerse por encima de ellos y obligarles a que cumplan sus mandatos, pues entonces no sería Padre-creador, sino tirano que domina a sus vasallos. Desde ese fondo ha de entenderse el otro aspecto del misterio: el hombre ha de cumplir su voluntad humana y realizarse como criatura, pero sólo puede conseguirlo si es que acepta el amor que Dios le ofrece, la ley de su existencia. Por eso, en la oración pedimos que Dios cumpla ya su voluntad: que actúe libremente y que nosotros nos dejemos transformar y renovar por ella.

Precisemos mejor este misterio. Dios nos hizo libres y así quiere que seamos y vivamos, construyendo de verdad nuestra existencia. Por eso, en el jardín de la existencia puso un árbol donde dice: “esto es bueno, aquello será malo; así te puedes realizar, de aquella forma te destruyes” (cf. Gén 2, 17). Alguna vez hemos podido desear que no hubiera árbol alguno con señal de prohibiciones. Nos equivocamos. Sin la urgencia de la libertad y el riesgo de lo malo y de lo bueno no podríamos hacernos como libres, responsables de nosotros mismos ni vivir tampoco como humanos.

Por eso, Dios que es Padre de Amor, nos ha mostrado y sigue mostrándonos su propia voluntad, pero no quiere (ni puede) imponerla: ¡nos invita a ser, nos pone en el lugar donde debemos realizarnos y confía en que lo hagamos! Todo el camino de la salvación, narrado por la Biblia, es una historia de la confianza y el amor de Dios que nos invita a pesar de nuestras rebeldías, nos ofrece su amor a pesar de nuestros rechazos: quiere que seamos libres y se arriesga para conseguirlo.

Jesús de Nazaret es la historia de ese riesgo de Dios: el Padre ha querido que su Hijo comparta nuestra vida de miseria para realizar por dentro de ella el misterio de su libertad eterna. De esa forma, unidos a Jesús, también nosotros podemos realizarnos de manera positiva. En este camino de la libertad viene a mostrarse el sentido de la obra creadora de Dios, los hombres se realizan como humanos. De ese modo se vinculan voluntad de Dios y voluntad humana, conforme a la plegaria: ¡hágase tu voluntad en cielo y tierra! Veamos en esquema los momentos principales de esa voluntad.

1. Hay en el principio un hágase de Dios como imperativo originario. Dios crea desde sí mismo diciendo “hágase”, y surgieron la luz, los cielos y la tierra (cf. Gén 1, 3 ss.). En ese primer plano Dios no pide permiso a lo creado ni le deja libertad.

2. Hablando con el hombre, actúa ya de otra manera. No le impone una manera de existir. Le deja en libertad y le aconseja: no comáis del árbol de lo bueno y de lo malo (cf. Gén 2, 17); no os destruyáis en un camino de muerte rechazando la gracia de la vida que os he dado. Mirada desde el mundo, esta actitud supone un tipo de “reserva”: Dios se viene atrás, queda en el fondo, y deja que los hombres mismos puedan tener su “voluntad” y decidirse.

3. Lógicamente, si pretende encarnarse entre los hombres, el mismo Dios ha de pedirles su permiso. María le responde en nombre de la historia: “que se haga conforme a tu palabra” (Lc 1, 38). En latín y castellano el término parece el mismo que empleaba Dios: fiat, hágase (cf. Gén 1,3 ss.). Pero en la Biblia hay matices: Dios dice en el principio “que se haga” sin pedir permiso a nadie; María en cambio le responde “estoy dispuesta a que realices en mi vida tu misterio”. Dios actúa en ella de manera libre, sin imposiciones, como amigo que dialoga en afecto con su amigo.

4. De esa unión en libertad de Dios y de los hombres ha nacido Jesús, como palabra de Dios que se ha encarnado. Pues bien, ese Jesús ha de aprender a pronunciar el fiat, hágase, de Dios en forma humana, desde el fondo de su propia situación de desamparo. Está en el huerto de la angustia, tiene miedo, quisiera retirarse, y sin embargo dice a Dios: “hágase tu voluntad” (Mt 26,42), dejándole actuar en forma plena. Sólo ahora se han unido, en la más honda unión que darse pueda, voluntad de Dios y voluntad humana: Dios realiza su voluntad salvadora hasta el final; Jesús ha culminado y completado el camino de los hombres, haciéndoles capaces de cumplir la voluntad de Dios y realizarse como humanos.

5. Sólo en esta perspectiva se comprende el Padrenuestro. Jesús pide a los creyentes que le imiten en su propia oración crucificada, en la plegaria de su angustia sobre el huerto. Les enseña a hacerse libres, asumiendo la misma voluntad de Dios. Sigue estando sobre el mundo del árbol de lo bueno y de lo malo, pero, instruidos por Jesús, ahora tomamos sólo el fruto de lo bueno, pues oramos ya diciendo: “hágase tu voluntad”. No quedamos pasivamente en manos de Dios, despreocupados de la vida. Al contrario, apoyados en Dios, fortalecemos la propia voluntad para actuar conforme a lo que Dios nos pide. De esa forma somos creadores de la propia vida.

¡Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo! Los religiosos, uniéndose en comunidad, quieren buscar la voluntad de Dios, siguiendo a Jesús, dentro de la Iglesia. También ellos están, como estuvieron Adán-Eva, ante el árbol de elección del Paraíso y muchas veces sienten que ese árbol “tienta al apetito, es una delicia para ver y es deseable para conseguirlo” (cf. Gén 2, 6). Pero saben que aquel apetito es engañoso y su delicia destructora. Por eso quieren mantenerse firmes, diciendo con María que Dios cumpla ya su voluntad (cf. Lc 1, 38) y añadiendo con Jesús que actúe de manera decisivamente creadora en este tiempo de prueba (cf. Mt 26, 42).

Esta es, en el fondo, una experiencia de muerte: hay que aceptar a Dios y descubrirnos como criaturas: debemos comprender que nuestra vida sólo se realiza plenamente allí donde acogemos el misterio de Dios y conformamos nuestra propia voluntad según la suya.

Aquí es donde viene a situarse el voto de obediencia de la vida religiosa. No se trata de negar la voluntad, destruyendo de esa forma nuestro propio ser de criaturas libres. Se trata de forjar la voluntad, hacerla fuerte, creadora, capaz de responder a Dios, de tal manera que nosotros superemos así el riesgo de la muerte que nos tiene dominados y angustiados (cf. Hebr 2, 14-15).

Aislándonos de Dios morimos: nos hundimos en las leyes que nosotros mismos inventamos dentro de la historia y, sometidos al flujo y al reflujo de las cosas, terminamos por perdernos dentro de ellas. Al contrario, uniéndonos a Dios nos realizamos: miramos ya sin miedo hacia la muerte y en el fondo de ella descubrimos, con la cruz de Cristo, el fundamento de la vida (cf. 2 Cor 3). Esto es lo que han visto sin cesar los religiosos en su voto o compromiso de obediencia: vinculándose entre sí se comprometen a buscar unidos la voluntad de Dios, concretizándola en su vida.

Así, lo entiende Teresa de Jesús: “Fiat voluntas tua. Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisierais. Si queréis trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonras y necesidades aquí estoy. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis Vos la merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues El (Jesús) me lo pidió, y disponed de mí como de cosa vuestra, conforme a vuestra voluntad”.

¡Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo! La obediencia libera nuestra voluntad para vincularnos con Jesús, permitiendo así que Dios realice por y con otros su obra creadora. El problema consiste en precisar sus exigencias dentro de la historia, en el contexto de una Iglesia concreta, en unas circunstancias humanas y sociales que también son importantes. En esta perspectiva, el Vaticano II ha destacado tres momentos. 1. Hay que volver hacia las fuentes de Jesús y retomar con fuerza su evangelio. 2. Hay que asumir la inspiración o carisma originario de los institutos, destacando lo que fue tarea de sus fundadores. 3. Finalmente, hay que adaptarse a las nuevas (o cambiantes) condiciones de los tiempos. La vida religiosa debe situarse dentro de los “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de los hombres que viven sobre el mundo, actualizando allí el servicio salvador de Cristo (Vaticano II, Sobre la vida religiosa, 2; Iglesia en mundo actual, 1).

Obedecer es ante todo escuchar con asentimiento, dialogar para acoger y responder al que nos llama. Los religiosos obedecen escuchando juntos la voz de Dios, dentro de la Iglesia, según la tradición de sus fundadores, desde el centro de una tierra donde quieren anunciar el Evangelio. Según el Evangelio, esa obediencia puede expresarse en dos caminos, uno más ministerial, otro más caritativo.

La obediencia ministerial ha de entenderse a la luz de Mt 28, 16-20: “id por todo el mundo, haced que todos los pueblos vengan a hacerse mis discípulos”. En esta línea se sitúa Ignacio de Loyola cuando nos invita a “ver a Cristo, nuestro Señor, rey eterno, y delante de El todo el universo mundo”. Ese Jesús “llama a todos y a cada uno en particular y dice: mi voluntad es de conquistar todo el mundo... ; por eso quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria. Por eso hay que considerar cómo de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de la tierra”.

La obediencia más caritativa se funda de manera especial en el discurso escatológico en que Cristo se presenta como hambriento-sediento, enfermo-cautivo, desnudo-exilado entre los hombres (Mt 25,31-46). Por obedecer al Evangelio en esa clave se han comprometido tanto religiosos, como hijos de verdadera obediencia, estando siempre alegremente dispuestos a dar sus vidas, si es menester, como Jesucristo la dio por todos, a fin de ser dignos de escuchar su palabra: Venid, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para vosotros.... porque estaba en la cárcel y vinisteis a mí, estaba enfermo y me visitasteis, tenía hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, no tenía posada y me recibisteis.

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

¡Danos hoy nuestro pan de cada día! Ciertamente cuando el diablo le ha tentado, Jesús dice que los hombres “no viven solamente de pan, sino de toda palabra que brota de la boca de Dios” (Mt 4, 4 par), citando así el Antiguo Testamento (Dt 8, 3). Pero ese mismo Jesús ha presentado sin cesar el reino en forma de banquete (cf. Lc 14, 15-24): es comida de hermanos que comparten la alegría y gozo de Dios Padre. Por eso come con los pecadores, anunciándoles el reino (cf. Lc 15, 1-2), y ha ofrecido su pan a los hambrientos de manera que ese pan bendecido se expande y multiplica (cf. Mc 6, 30-44 y par).

Por todo esto podemos afirmar que el pan (humano) pertenece al gran misterio del reino (divino) que estamos esperando. Es el pan gratuito, como don de Dios, el pan de los trabajos y sudores que dividen a los hombres o les llevan a la unión comunitaria. Dios plantó en la tierra (o Paraíso) los árboles de vida para todos y nos dijo: “creced, multiplicaos y comed lo que produzca vuestro esfuerzo” (cf. Gén 1, 29-30; 2, 15-17). Pero nosotros, prefiriendo el árbol de lo malo, dividimos el jardín, convirtiéndolo en un campo de discordia: unos han logrado conquistar más tierra y almacenan pan de sobra, otros pasan hambre; unos imponen su riqueza sobre el mundo, mientras otros deben mendigar y venden su trabajo a los que pueden pagárselo mejor y a veces mueren de necesidad... Más aún, para defender el pan o para conquistarlo, muchos hacen armas y declaran guerras, de manera que el mundo se ha venido a convertir en campo de batalla.

Sobre este fondo ha proclamado Jesús su gran palabra: “el pan nuestro de cada día dánosle hoy”. Es el pan gratuito, no olvidemos: el pan que Dios regala para todos y que nadie puede conquistar con fuerza y poseer a costa de los otros. Es pan nuestro, es decir, de los hermanos: en torno al alimento de la tierra nadie puede proclamar “es mío” mientras otros pasan hambre. De esta forma, la palabra más sagrada “Padre nuestro” viene a traducirse en la experiencia del “pan nuestro”: la paternidad de Dios que aún y convoca a los hermanos se explicita como del pan, es alimento compartido. Si no hay mesa común (nuestra), la oración al Padre (nuestro) resulta una mentira.

Este es el pan de cada día. La tradición cristiana conoce los sentidos que ese término tenía. No podemos detenernos en todos esos planos. Resaltamos el primero: Jesús nos pone ante el pan inmediato, aquel que es necesario para que vivamos cada día (hoy y mañana), sin almacenarlo como objeto de poder (de capital) en contra de los otros.

Es el pan que pedimos para hoy. El mismo Padrenuestro que nos lleva hasta el futuro de Dios, donde parece que todo ha terminado, vuelve a conducirnos al presente de las necesidades de este mundo. Pedimos nuestro pan hodierno para aquellos hambrientos que padecen en todos los lugares de esa escalofriante geografía del hambre que quizá sólo sabíamos por libros. Cuando el hambre de los otros me retuerza las entrañas y trabaje por su pan y lo descubra como mío (nuestro), habré aprendido a rezar el Padrenuestro.

¡Danos hoy nuestro pan de cada día! Dentro de la vida religiosa, esto se convierte en programa de existencia compartida, como lo ha mostrado la Regla de San Agustín: “ninguno trabaje en nada para sí mismo, sino que todos vuestros trabajos se realicen para el bien de la comunidad”. Por eso nadie tenga nada propio, “sino que todo lo tengáis en común, y el superior distribuya a cada uno de vosotros el alimento y vestido, no igualmente a todos, porque no todos sois de la misma complexión, sino a cada uno según lo necesitare”. Lógicamente, el trabajo común (o para bien de todos) se traduce en mesa y ropería compartida, de tal forma que los mismos bienes de este mundo nos ayudan a compartir la Palabra de Dios, pues todos tenemos hambre de ella. Sólo porque trabajan por el mismo pan y lo reciben en común, los religiosos “pueden honrarse a porfía unos a otros con trato fraternal (cf. Rom 12, 10), ayudándose mutuamente a llevar sus cargas (cf. Gál 6, 2)”; de ese modo constituyen “una familia... que disfruta de la presencia del Señor” (Vaticano II, Sobre los religiosos, 15).

En esta línea de comunicación del “pan de cada día”, los religiosos resaltan el valor de las relaciones fraternas, interpersonales, donde “se valora la amistad, sinceridad, como base humana indispensable para la convivencia”. Sobre ese fondo adquieren su verdad las otras dimensiones de la convivencia “en plano de diálogo y participación..., comunicación personal, oración comunitaria, trabajo apostólico,...” (Puebla, Documento, 730-731). San Agustín lo ha destacado con fuerza impresionante: “Honrad los unos en los otros a Dios de quien sois hechos templo”. Templo de Dios son los hermanos: a Dios honramos al honrarles a ellos, en camino de participación fraterna. En contra de posibles tendencias falsamente sacralistas o contrarias a los bienes de este mundo, la comunión de los hermanos debe realizarse antes que nada en la comida. El pan de este mundo es así principio de hermandad y de esperanza dentro de la vida religiosa.

¡Danos hoy nuestro pan de cada día! La plegaria por el pan ha despertado el corazón y la memoria carismática de muchos religiosos. Jesús dice nuevamente a través de ellos: “He venido a anunciar la buena nueva a los pobres” (cf. Mt 11, 5; Lc 4, 18-19). Estas palabras, unidas al descubrimiento del hambre sobre el mundo, han resonado como latigazo de dolor y creatividad hasta la entraña de la vida religiosa que ahora asume una “opción preferencial por los pobres”, con trabajos de asistencia callada o esfuerzos por la transformación económico-social de la tierra (cf. Puebla, Documento, 733, 735).

Esta nueva conciencia y actuación de los religiosos se sitúa en la línea del servicio de las mesas de los primeros diáconos de Jerusalén, encargados de ayudar a las viudas y a los pobres (cf. Hech 6, 1-6). Significativamente fueron ellos los que vieron con más claridad el futuro de la Iglesia. Los apóstoles, ministros de la Palabra, parecían más cerrados, limitando su mensaje en la ciudad de Jerusalén y en formas sacralistas. Por el contrario, los diáconos que sirven a las mesas saben la apertura universal del Evangelio: son ellos los que llevan la palabra fuera de los muros, hacia el ancho mundo de las gentes; muestran de esa forma que el amor al pobre y la justicia que se expresa por el pan conduce a la exigencia de anunciar por todas partes el mensaje del Evangelio entre los hombres.

Esto lo sabían desde siempre los institutos de caridad o de servicio humano. Ahora lo han descubierto con gran fuerza millares de nuevos religiosos. La conversión no puede comprarse con el pan (cf. Mt 4, 3-4); pero allí donde los fieles, especialmente los religiosos, no se esfuerzan por “el pan nuestro de cada día” tampoco habrá conversión al Evangelio.

Ellos se están introduciendo en aquello que llamamos “geografía del hambre”: quieren ver la miseria de los hombres, sentir cómo padecen y sentirse luego insatisfechos, sobre un mundo en que tendemos sólo a defender nuestros pequeños intereses.

Pero lo que más importa ahora no es el número de aquellos que “podrían morir”, sino la realidad de los que mueren cada día en las diversas zonas donde habita el hambre. Son zonas donde crece el odio y la desesperación avanza. Medio planeta es su volcán; la riqueza de unos pocos se asienta sobre el hambre de millones de personas. Estrictamente hablando, estamos en el centro de una guerra. ¿Tendrá que eternizarse la visión que descubre al hombre como fiera, en la línea de Daniel 7? Los religiosos deben contestar que no. Ellos dicen que ha venido Jesús, Hijo del hombre, que derrota a la bestia de la tierra y nos enseña a compartir; por eso los religiosos están empeñados en ofrecer una palabra de solidaridad, de ayuda y esperanza a millones de personas. Así actúan como testimonio de Evangelio, creadores de humanidad y vida desde el mismo reverso de la tierra.

PERDONA NUESTRAS OFENSAS COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN

¡Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden!

Estas palabras del perdón nos conducen al principio del Antiguo Testamento, allí donde el pecado, o sus equivalentes, se define como deuda: falta de respuesta al don que nos han dado. Esta perspectiva se traduce fácilmente en ámbito social: pecado es la injusticia, es la opresión que unos imponen por encima de los otros, apropiándose indebidamente de los bienes que debían compartirse. Por eso, no hay perdón si no se borran las deudas y se vuelve a la exigencia y gracia de la vida compartida: “Cada siete años harás la remisión: todo acreedor perdonará la deuda del préstamo hecho a su prójimo; no apremiará a su prójimo, porque ha sido proclamada la remisión del Señor... En el año jubilar (a los 49 años) proclamaréis la manumisión para todos los moradores de la tierra: cada uno recobrará su propiedad y retornará a su familia (alcanzando libertad si fuere esclavo)” (cf. Dt 15, 1-22; Ley 25, 1-17).

La gratuidad de Dios, que suscita el júbilo de la libertad, se expresa a través del jubileo de la reconciliación interhumana: cada uno recobra su tierra, su dignidad, su vida libre. A partir de aquí se debe comprender la plegaria de Jesús que está fundada en su mensaje originario: “El Espíritu del Señor me ha enviado a proclamar la buena nueva para los pobres, a anunciar la libertad para los cautivos... Me ha enviado a proclamar el año de reconciliación” (Lc 4, 18).

Anuncia así el gran jubileo para enfermos, esclavos y pobres. Es como si Dios mismo destruyera todos los libros de cuentas de la historia: quiere perdonar las deudas que nosotros le debemos; nos ofrece en Jesús su gracia plena, no para decir “perdón y cuenta nueva”, sino para iniciar un recorrido de gracia donde ya no existan cuentas nuevas. Esto es lo que Pablo ha descubierto como fin de toda ley, principio de Evangelio.

“Perdónanos, como nosotros perdonamos”. Podemos orar de esa manera porque estamos perdonados: nuestra deuda era tan grande que jamás podríamos pagarla: pero Dios se ha declarado en Cristo nuestro amigo y ya no exige ese imposible. ¡Estamos perdonados, no tenemos deuda alguna! Lógicamente, este júbilo que brota de la pura gratuidad debe convertirse en fuente de perdón para los otros: debemos perdonarles (cf. Mt 18, 21-35). Podemos perdonar porque Dios lo hizo primero; podemos expresar la gratuidad y amar sin miedo porque Dios nos ha ofrecido aquella gracia que supera todos los celos y los miedos (cf. Lv 7,36-50).

El Evangelio de Jesús distingue entre deudas y ofensas (cf. Mt 6,14-16). El mismo Lucas (Lc 11, 3-4), que prefiere hablar de ofensas al tratar de Dios, conserva el término de deudas cuando se trata de la relación entre los hombres: han de perdonar no sólo las posibles ofensas sino todas las deudas que mutuamente han contraído.

Seguimos hablando y planteamos el sentido de los dos sistemas o modelos que la Biblia emplea cuando habla del pecado: a) en el sistema de la deuda-don, el pecado aparece como falta de gratuidad; el perdón implica, en cambio, reconciliación, superación de las deudas, gesto de amor y de ayuda hacia los pobres; b) en el sistema de la ofensa-mancha, el pecado se toma como ruptura de un orden sacralizante y el perdón viene ligado al sacrificio religioso, a los rituales de la remisión sacerdotal (Lev 16). Pues bien, el Padrenuestro nos sitúa en el mismo centro del sistema del don-deuda, allí donde el perdón total de Dios nos compromete a ofrecer perdón completo a los demás.

¡Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden! Quizá algún día hayamos pensado: lo que dice Jesús es bueno, pero no puede cumplirse; parece cierto a un nivel interno, religioso, pero no debe aplicarse a los aspectos materiales y sociales donde todo sucede como si Dios (el evangelio) no existiera.

Así pensamos para defendernos de Jesús, defendiendo nuestros propios miedos e intereses. De esa forma separamos vida y evangelio: ciertamente, la palabra de Jesús es verdadera, pero no debe cumplirse donde imperan otras leyes; ponemos un delgado barniz de Jesucristo en nuestra vida, pero luego procuramos que en el fondo de ella todo continúe como estaba.

En contra de eso, los religiosos han querido vivir el Evangelio en su radicalidad, tomando a la letra las palabras de Jesús y superando el esquema de la deuda entre aquellos que quieren ser hermanos. Por eso se perdonan, no exigen el pago de las deudas, confiando en la irrupción de gratuidad del Evangelio: lo que somos y tenemos se convierte en don para los otros; aquello que los otros tienen aparece como don para nosotros.

Perdonar las deudas significa convertir la vida en un regalo: perdono pero no puedo exigir que me perdonen. No exijo, pero espero que lo hagan: confío en que la gracia de Jesús que me ha cambiado les cambie del mismo modo a ellos. Los religiosos podemos compararnos a los siervos que, al contrario de Mt 18, 21-35, se perdonan y regalan mutuamente la existencia.

La exigencia del perdón ha de ampliarse, abriéndose hacia todo el campo de la vida: hay deudas de tipo monetario que solemos exigir por la fuerza; otras son de carácter afectivo y, a veces, las cobramos con dureza, egoísmo e impaciencia; también hay deudas de prestigio, de afán de autoridad..., y evidentemente han de contarse entre ellas las que vienen a nacer de las ofensas, como indica la oración del Padrenuestro. Pues bien, Jesús nos pide que sepamos y queramos perdonarlas todas, viviendo así la gratuidad, en una comunión de hermanos donde nadie debe nada a nadie porque todos regalan lo que tienen y son.

¡Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden! Ciertamente, son valiosos los cambios exteriores de carácter económico: queremos construir un nuevo tipo de estructuras sociales donde todos vengan a sentirse responsables, donde nadie pueda oprimir a sus hermanos. Pero ese cambio externo es inútil (e imposible) si no existe un cambio interno: si los hombres no descubren el sentido de la gracia, si no aplican el amor del Evangelio a los aspectos sociales y económicos del mundo. Por eso es importante el testimonio de los religiosos.

Ellos deben mostrar con su existencia que es posible (y aun humanamente más rentable) un mundo de perdón y no violencia, donde todas las deudas se superan. Hasta ahora todo ha funcionado a base de talión: triunfan los fuertes, cada uno se aprovecha de los otros y por eso es necesario establecer compuertas que repriman, leyes que contengan la violencia. Pues bien, los fuertes han seguido aprovechándose de aquellas mismas leyes y han impuesto a través de ellas su orden. Muchos otros, que se sienten débiles, padecen miedo y piensan igualmente que los hombres sólo pueden funcionar a través de la violencia.

Pues bien, los religiosos deben indicar que ese supuesto resulta equivocado: el perdón y gratuidad no es sólo mejor para los cielos; debemos comenzar a realizarlo ya sobre la tierra.

Ellos pueden actuar de dos maneras. Por un lado, quieren ser testigos del perdón universal que se mantiene abierto a todo el cosmos. Los religiosos no temen los pecados de los hombres. Aman al hombre, aun con sus pecados y todo, porque así es el modelo del amor de Dios que está por encima del amor de la tierra... No les turban los pecados de los hombres en su actuar. Sólo tienen una salvación: tomar y echar sobre ellos todos los pecados del mundo. Esta es la verdad de los religiosos, porque se han hecho responsables de todos y de todo.

Al lado de su gesto, surge también otra actitud de perdón que se halla dirigido hacia la gratuidad económico-social entre los hombres. Es un perdón que por sí mismo viene a presentarse como denuncia frente a un mundo que jamás perdona, un mundo donde todo ha de pagarse, hasta el último denario. Sin buscar ninguna restauración sacralizante, sin fundar revoluciones de tipo iconoclasta, los religiosos concretizan el perdón en actitudes de plena gratuidad; imitan a Jesús que se sentaba con los pecadores y ofrecía a publicanos-prostitutas el misterio de su reino; quieren que se extienda sobre el mundo la esperanza de una vida donde todo es gracia, donde nadie impone su poder ni exige las deudas por la fuerza.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN Y LÍBRANOS DEL MAL

¡No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal! Ciertamente, Dios es bueno y es feliz porque es divino, vida sin fronteras, bondad plena y eterna. Pues bien, cuando ese Dios quiere crear seres finitos pero libres debe señalarles el camino que conduce a la felicidad, pero no puede imponerlo; son los mismos hombres los que deben escoger la forma y orden de su vida, haciéndose personas maduras a medida que recorren un camino que es hermoso pero se halla lleno de posibles riesgos. En este aspecto, nuestra vida sobre el mundo es una prueba.

Algunos se dirán: ¿Por qué me ha puesto Dios en esta prueba? ¿Por qué ha querido meterme en este mundo si sabía que es difícil emplear la libertad y más difícil acertar con ella? Otros indican que la vida es dura, la dolencia de los hombres grande y la esperanza corta. Por eso añaden que ese Dios, que actúa como creador, más bien parece un opresor que padre. ¿Juega con nosotros? ¿Quizá se ha equivocado y nuestra historia se le escapa de las manos?

Esas preguntas nos ponen en el centro de todo lo que expresa el Padrenuestro: Dios nos llama a responderle como libres y a fin de que podamos hacerlo nos ha puesto sobre un mundo que es camino, sembrando en nuestra vida la semilla de un deseo que nos hace tender hacia su hondura y su misterio. No quiere imponer su voluntad ni destruirnos con su brillo. Por eso se ha velado y desde el mismo ocultamiento de su vida nos anima, nos provoca, nos enciende, como sabe el Antiguo Testamento.

Por eso, las tentaciones son aspectos y momentos de la prueba de la vida. Son dificultades que los hombres deben superar para encontrarse y realizarse como libres. (Este es el gozo de Dios! Es la alegría de un Padre que desea que sus hijos vayan avanzando en el camino hasta encontrarle libremente.

Debemos distinguir las tentaciones. Unas surgen de la misma finitud del hombre: brotan de su condición de criatura que sólo puede conseguir su libertad (dada por Dios) en un camino que resulta arriesgado. Otras nacen ya de la culpabilidad histórica, esto es, de los pecados anteriores que suscitan condiciones de opresión sobre la tierra.

Resulta difícil distinguir con nitidez esos momentos. Pero eso resulta secundario; lo que importa es conseguir la libertad (cf. Jn 9, 3), como desea el Padrenuestro. A fin de comprenderlo mejor estudiaremos aún sus presupuestos.

El primero es la conducta de Jesús, que “fue tentado en todo, lo mismo que nosotros” (cf. Heb 2, 17-18). No fue tentado sólo “como” nosotros, sino “mucho más que nosotros”: asumió nuestras debilidades, hizo suyas nuestras pruebas (cf. Mt 8, 17), sufriendo aquella tentación suprema de la vida donde vino a rodar la libertad y salvación para los hombres (cf. Mt 4, 1 -11 par).

El segundo es la palabra que rezamos: a) Unos dicen no nos introduzcas en la tentación, destacando así nuestra debilidad; la tentación existe, estamos cerca de ella; por eso le pedimos a Dios que no nos lleve hasta el final, que no nos ponga en situación cercana de caída. b) Otros suponen que estamos ya en esa situación y dicen como la liturgia castellana: no nos dejes caer en tentación; por voluntad de Dios nos encontrarnos siempre en riesgo de caída; por eso le pedimos a Dios que nos sostenga, impidiendo que caigamos.

Estos matices se iluminan con la segunda parte de la petición: “y líbranos del mal”. No se trata de una nueva petición, sino de un matiz complementario: decimos de manera positiva (líbranos ...) lo ya dicho en forma negativa (no nos dejes ...).

Esto nos permite comprender mejor el tema: nos descubrimos amenazados por un mundo que resulta peligroso y llamamos a Dios en nuestra ayuda, diciéndole que nos proteja (primera parte) y nos libere (segunda). Nos protege (no nos deja caer) porque es liberador: nos viene a redimir, actúa poderosamente y nos rescata de los campos de opresión, a fin de que podamos descubrirle como Padre. Sobre un mundo amenazado y roto, los creyentes mantienen la fe y llaman a Dios: confían en que venga a realizar por fin su acción liberadora; poniéndose en pie, desde el subsuelo de la tierra, entonan la más honda y decisiva plegaria de liberación de nuestra historia.

¡No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal! Los religiosos han salido con Jesús hacia el desierto para estar al descampado ante la prueba de la vida. No se han refugiado de las luchas y tormentas, no han huido del peligro, como a veces se ha supuesto. Los religiosos son “atletas”, luchadores de Jesús que se preparan para vencer sobre la tierra una batalla que, en el fondo, les enfrenta con el mismo poder de las tinieblas que tentaba a Jesucristo (cf. Mt 4, 1 -11 par). “Poneos las armas de Dios para resistir la estrategia del Diablo. Porque nuestra lucha no va contra la carne y sangre (hombres de carne y hueso), sino contra principados, potestades y poderes que dominan la tiniebla de este mundo... Ceñíos por lo tanto con las armas de Dios, para que podáis hacerles frente en la jornada mala ... “ (Ef 6, 11-13).

Esta es la batalla espiritual en que los religiosos combaten en favor de la misión salvadora del Evangelio. Según San Ignacio de Loyola, los soldados y voluntarios de Jesús, debían armarse con “pobreza contra riqueza, oprobio o menosprecio contra honor mundano, humildad contra soberbia”.

Claro queda un dato: la vida religiosa se concibe como prueba y los hermanos consagrados luchan sin cesar contra las fuerzas de lo malo. Por eso hay que mostrarse firmes, pidiendo a Dios con alma y cuerpo: “no nos dejes caer en tentación, más líbranos del mal (del Maligno)”. Esta es la tentación final donde se forja la existencia y se decide el sentido de la vida. El mal se ha desvelado ya como Maligno, es el poder de engaño, seducción y muerte que intenta destruirnos. Los religiosos luchan y resisten porque saben que el gran liberador ya llega: “Viene de Sión el redentor y quiere rescatarnos de todos los peligros” (cf. Rom 11, 26 y Mt 6, 13).

¡No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal! La vida religiosa se presenta como factor determinante, o por lo menos muy valioso, en esa gran batalla. Los religiosos tienen experiencia de pruebas, una larga memoria de luchas en favor del Evangelio: han resistido al mal en los desiertos, lo han combatido en monasterios, han llegado hasta el extremo de la tierra confiando en la palabra de Jesús y en su exigencia de amor a los que estaban más abandonados... Ahora descubren la nueva tentación: están inmersos en un mundo que pretende cerrarse en su injusticia, buscando sólo bienes materiales, olvidando sus palabras de igualdad, oprimiendo a los que ya no saben (o no quieren) defenderse.

Sobre ese mundo, que actúa como inmensa tentación, los religiosos deben mantenerse “armados”, como dice Ef 6, 11 ss.: “han de cultivar la fe, vivir en la confianza del Señor Jesús, en actitud de amor que actúa con fuerza y valentía, belleza y esperanza. Sólo así podrán mostrarse como manantial de ayuda para los restantes hombres de la tierra que se encuentran bien probados” (cf. Heb 2, 16-18).

Están tentados los que pasan hambre y desde el fondo de ella claman a un Dios que parece no escucharles: claman a Dios los que se encuentran oprimidos, faltos de esperanza o dominados por deseos de violencia, en una tierra donde nadie les responde. Tentados están los enfermos, sobre todo los más solitarios. Tentados especialmente los nuevos “poseos” del confort, los que quieren poseer para escaparse de sí mismos, hundiéndose en el gozo inmediato de placeres rápidos, de luces que se encienden un momento y cesan para siempre.

¿Qué hacer con todos los tentados? En primer lugar acompañarles, mostrar que no están solos, actualizando así el misterio de la “humanidad de Dios” que ha visitado a los hombres para redimirles (cf. Lc 1, 68). Al mismo tiempo, es necesario que empecemos por romper las estructuras de violencia que dominan en la tierra, en una nueva batalla o, mejor, antibatalla de la no-violencia dirigida a superar toda violencia. El camino es largo y grandes los problemas, pero la oración del Padrenuestro nos sostiene.

Los religiosos deben ayudar también a los que están tentados en el suprasuelo de la tierra, es decir, a los que quieren mantenerse en los lugares superiores, oprimiendo desde allí a los pobres de este mundo. De ellos habla la Escritura claramente: “Ay de vosotros ricos, llorad a gritos por la desgracia que se os viene encima... ; vuestras riquezas se han podrido, habéis atesorado para el día malo” (Sant 5, 1ss.); “Ay de vosotros ricos, porque ya habéis recibido vuestra recompensa” (Lc 6, 24). Transmitir ese mensaje significa decir que la riqueza es tentación de orgullo y de poder que no sólo destruye a los oprimidos, sino también a los opresores: por eso es preferible que Dios mismo “derribe a los potentados de sus tronos” (cf. Lc 1, 52), porque si en el trono siguen hasta el fin en el trono se condenan.

Con su libertad interior, su desprendimiento comunitario y su capacidad profética, los religiosos deben anunciar ante los ricos de este mundo la verdad del Evangelio, denunciando la riqueza destructora, a fin de que también ellos se puedan convertir al Dios de la vida que ha expresado su verdad y su felicidad en Jesucristo.

Xabier Pikaza, *“El Padrenuestro de la Vida Religiosa”*